



HOMILIA 19 DE JULIO DE 2024

LA EUCARISTÍA, MISTERIO DE COMUNIÓN

† Enrique Benavent Vidal, arzobispo de Valencia.

En la dinámica de nuestro encuentro nos hemos congregado en torno a la Mesa de la Palabra y de la Eucaristía para vivir el momento central de nuestra jornada. El tema de la reflexión de esta mañana ha sido “La sinodalidad: un camino de comunión”. El Concilio Vaticano II nos recordó que la Iglesia es, en su identidad más profunda, un misterio de comunión; que su misión es ser instrumento para que la familia humana llegue a ser familia de los hijos de Dios; que ella está para realizar la unidad de la humanidad con Dios y de los hombres entre sí. Si la misión de la Iglesia es la realización de la comunión, ella está llamada a realizar en sí misma, en su vida interna de cada día, este ideal. Si ella no vive como familia de los hijos de Dios; si no es, en palabras de san Agustín, “mundo reconciliado”, no está cumpliendo su misión.

En un mundo y, también en una Iglesia en los que, a menudo, las ideologías condicionan demasiado la convivencia entre las personas, e incluso la interpretación y la vivencia de la fe, porque se absolutizan, la sinodalidad nos llama a vivir en la Iglesia de un modo nuevo, para que esta llegue a ser lo que Dios quiere de ella: un instrumento de comunión y un signo de unidad. Vivir sinodalmente en la Iglesia no es fácil. Exige superar tres tentaciones:

a. La tentación de la “auto-referencialidad”. Nadie de nosotros es el centro de la Iglesia, ni tampoco la Iglesia vive para sí misma. Esta tentación se supera colocando a Dios y su Palabra en el centro de la vida de la Iglesia. Vivir sinodalmente no es saber escucharnos a nosotros mismos y compartir ideas opinables para que cada uno de nosotros acabemos quedándonos con nuestra manera de pensar. La sinodalidad exige ponernos juntos a la escucha de la Palabra de Dios, para descubrir, enseñados por el Espíritu Santo, los caminos que estamos llamados a recorrer en el momento actual para anunciar el Evangelio. Vivir la sinodalidad es poner a Jesús en el centro de la Vida de la Iglesia; es sentirnos discípulos de un mismo maestro; es dejar que sea Él quien configure la vida de nuestras comunidades.

b. Para vivir la sinodalidad, es necesaria la humildad para aceptar que la Iglesia no comienza ahora, ni con nosotros. La escucha del Espíritu debe realizarse interpretando la Palabra desde la tradición viva de la Iglesia. Esto nos libera del inmovilismo que confunde la voluntad de Dios con las tradiciones humanas (que es la tentación de los fariseos, como hemos visto en el Evangelio), y también de las actitudes rupturistas de quienes se sienten los salvadores de la Iglesia. La sinodalidad exige la humildad de aceptar que el Espíritu edifica la Iglesia sirviéndose de todos los carismas que el mismo suscita en el Pueblo de Dios y que son expresión de su inagotable riqueza, y que nadie tiene el remedio mágico para solucionar todos los problemas. El Espíritu nos empuja a vivir el testimonio desde la humildad.

c. Vivir en la Iglesia exige superar la tentación de los rigorismos y de las rigideces que nos cierran a la misericordia. En el Evangelio, ante la dureza de corazón y el legalismo de los fariseos, que juzgan a los discípulos porque habían arrancado unas espigas en sábado, Jesús les recuerda dos cosas: en primer lugar, que el Evangelio, que es Él mismo, es mayor que el Sábado, que es la esencia de la Ley. Y, en segundo lugar, que la plenitud del Evangelio es la misericordia. En la primera lectura descubrimos la razón profunda de esta enseñanza de Jesús: el corazón del Padre es un corazón misericordioso. La oración de Ezequías conmueve el corazón de Dios que, al escuchar sus plegarias y ver sus lágrimas,

es capaz de cambiar sus planes. El corazón del Padre es compasivo y misericordioso; no busca condenar sino dar la vida y se complace en que sus hijos sean felices; no quiere buscar motivos para morir, sino para mostrar su amor. La Iglesia es misterio de comunión porque está llamada a ser, en palabras de un teólogo actual, un “lugar del perdón”, un espacio donde se pueda pedir perdón con toda confianza, porque se vive con la certeza de que seremos perdonados “de corazón”.

Los Equipos de nuestra Señora tenéis la misión de dar al mundo un testimonio: mostrar que, si estáis abiertos a la Gracia de Dios, es posible hacer de la vida de vuestras familias, auténticas iglesias domésticas, en las que se viva la comunión en el amor; hacer de vuestras familias lugares en los que la escucha mutua es posible porque se está a la escucha de la Palabra de Dios; mostrar que la presencia y la compañía del Señor en el camino de vuestra vida familiar no es un obstáculo para la comunión entre vosotros, sino que la fortalece; mostrar que la Eucaristía es ese pan en el que, en palabras de san Agustín, “se nos enseña cómo debemos amar la unidad”. Si vivís así, seréis el germen de una Iglesia que cree en la comunión y que la vive.

María, la Madre de la Iglesia que nos acompaña siempre con su presencia silenciosa, pero siempre atenta a las necesidades de sus hijos, es fuente de evangelización y generadora de comunión en vuestras familias y en la familia de los hijos de Dios que es la Iglesia. En sus manos ponemos el presente y el futuro de la Iglesia, de todas las familias cristianas y de los Equipos de Nuestra Señora de todo el mundo. Que ella haga que lo que estamos viviendo estos días de frutos de vida cristiana en nuestras iglesias.

† Enrique Benavent Vidal, arzobispo de Valencia.

